

LA POETIZACIÓN DEL TEMA DE DIOS EN LA OBRA DE JORGE LUIS BORGES

I – Introducción

1 Borges testimonia en nivel superlativo la posibilidad de ser en, desde y hacia la Literatura. Nada podría ser afirmado en relación con el más universal de los escritores argentinos sin dar al mismo tiempo con esa parcela del ser transmutado en palabras que aluden al universo estético, en el que su vida y su Obra encontraron sustantiva definición. Todo lo ontológicamente designable y el módulo designante, fue sometido por él a esa fatigosa y deslumbrante alquimia: el pensar y lo pensado, el sentir y lo sentido, la realidad y el sueño, la vida y la muerte. Los grandes temas metafísicos y las minucias de la cotidianeidad llegan a Borges desde el vasto monumento de la Literatura universal.

Él, a su vez, deslizándose por esos laboriosos andariveles de la palabra ha pensado, narrado y cantado, acrecentando hasta lo indecible el cosmos verbal en el que eligió residir. (1) Fue su destino y lo cumplimentó sin vacilaciones. Urdidor de mitos, labró el que lo incluye entre ellos. “Borges”, el Otro, no ha dejado espacio al que minuciosamente lo engendró, porque el Borges real del que pudiésemos estar hablando es ya y para siempre el Personaje de una Obra literaria que el mundo, sin hipérbole, asume hoy como admirable. Habitante de su laberinto verbal, no hay para nosotros un Borges que no sea “el Otro”.

Desde allí nos ofrece el rostro que en la infancia diseñaron la biblioteca y el discurso paterno (2), los daguerrotipos, reliquias y devociones de su Madre (3), el jardín clausurado pero infinito de la casa inicial y el de los bifurcados senderos que aplicadamente recorrió en búsquedas no saciadas, logros perfectos, felicidades y dolidas carencias. La máscara del viejo entrañable de los últimos años, en las que los ojos van curiosos y titilantes más de luz que cegueras, es la literatura “con su modesto misterio” (4); rostro que manifiesta y oculta la verdad que atesora.

2 Abordaremos los textos de Borges intentando fidelidad a los presupuestos que los generaron. También con la libertad que él mismo nos otorga. (5) Sin adscribir a ninguna escuela de crítica literaria en especial, utilizando los criterios que nos parezcan oportunos sin forzar la lectura espontánea y no erudita en que encuadramos estas notas. Nos ocupamos fundamentalmente de su Poesía y cuando ella nos lo sugiera, también de los otros registros en los que su Obra está plasmada (Ensayo, Ficciones), ligados entre sí inseparablemente.

Una misma poética suele recorrerlos, tornando imprecisos sus límites. Dejamos de lado el cúmulo de textos surgidos de los incontables reportajes y diálogos con diversos interlocutores, en los que Borges, “el palabrista” (6), descubrió lo inédito, desacralizó lo intocable, relacionó y distinguió con agudeza y humor, con sinceridad y libertad y erudición sin cuento.

Por su factura y el género al que pertenecen (en el que Borges fue maestro indiscutido), ofrecen fuentes reiterativas, lúdicos entrecruzamientos de opiniones contradictorias que no bastan para fundar posturas definitivas (si algo de “definitivo” podemos extraer del proteico decir borgeano). Tampoco tomamos en cuenta los libros cuya autoría Borges quiso compartir con otros.

3 El tema de Dios nos propone múltiples declinaciones. Es el más inagotable de los temas. Y, en Borges, que retorna a él a lo largo de sesenta años, los modos de encararlo son múltiples. Señalaremos anacrónicamente cómo aparece explicitado o sólo aludido tras los concatenados temas del tiempo, la identidad personal, la muerte, etc. Haremos las ineludibles referencias a posturas ideológicas asumidas por el Poeta desde su tan particular vertiente, sin detenernos en ellas, como tampoco Borges lo hizo. “Lector hedónico” (7), “las teorías –filosóficas–, como las convicciones de orden político o religioso, no son otra cosa

que estímulos"...(8). De ellas, retuvo con eclecticismo sólo los aspectos que le interesaron. La lectura que hacemos no podría prescindir de los propósitos de éste Encuentro (9).

Tampoco de nuestra postura filosófica y católica, que lejos de malinterpretar desde afuera una Obra que no la sustenta, nos torna especialmente comprensivos y respetuosos de las posturas disímiles. Al fin de cuentas, el Evangelio en el que fuimos instruidos desde el comienzo de nuestra condición latinoamericana, desautoriza toda negación de lo válidamente humano. Y nada tan decididamente humano como la impotencia en que nos sume (a poetas y no poetas, creyentes y no creyentes por igual) el enfrentamiento con lo divino.

El mismo Dios nos libre de "apagar la mecha que aún humea" o "quebrar la caña que ya está cascada" (Mt. XII, 20). Sólo buscamos desentrañar el origen y el alcance de lo que los textos desafiantes nos entregan. (10)

II – Localización del tema en la Obra Poética

1 Primeros libros Borges escritor ingresa a la Literatura como Poeta. En 1923, casi al año de su regreso a Buenos Aires después de la permanencia en Europa desde la adolescencia, publica "FERVOR DE BUENOS AIRES" (Imprenta Serantes), su primer libro. En 1925 aparece "LUNA DE ENFRENTÉ" (Proa). En 1929, "CUADERNO SAN MARTIN" (Proa), Estos tres poemarios del "primer Borges" ocupan con persistencia su lugar. Valorados, cuestionados, con poemas muchas veces corregidos por el mismo Borges y otros retirados por él de nuevas ediciones, siguen sin embargo allí, en la Obras Completas que el Poeta autorizó.

Heridos de reminiscencia ultraísta, con dejos lugonianos y lejano parentesco con Whitman, la afición a la metáfora aún esplendente y su recurrencia a formalismos no siempre decantados, son testimonios de sus primeros hallazgos. Mantienen intacto el sello de lo borgeano: su modo oblicuo de aludir a la realidad, la recurrencia a las perspectivas indefinidas del atardecer en las que el espacio es simultáneamente categoría temporal, sus temas y perplejidades, el idioma que se argentiniza. Poemas como "Calle con el almacén rosado", "El general Quiroga va en coche al muere", "Fundación mítica de Buenos Aires" y muchos momentos en los demás, junto a esos dos textos que Borges señaló como sus dos verdaderos primeros poemas ("Llaneza" y "La noche que en el sur lo velaron"), integrarán para siempre la antología de la mejor poesía argentina. Buenos Aires es casi siempre el tema. Allí están su "temor a la efusión", la "intimidad escamoteada", su "pudor y gusto innatos", conjugándose con ese "temblor o estupor metafísico" que le señalara un crítico (11).

El tema de Dios ingresa con designaciones muy tranquilas, casi con naturalidad, para señalar el momento en que el poema apela a ultimitades expresivas. La hipérbole con que la injuria al tirano Rosas es "casi una piedad": "Ya Dios lo habrá olvidado" (12), porque Dios no tiene memoria para ese hombre "famosamente infame", O cuando al hablar de la ausencia y ajenidad de un hombre muerto, se nombra al "Dios de los místicos, de Quien deben negarse todos los predicados" (13) en un contexto en el que la existencia de Dios no es negada, pero sí se distancia riesgadamente. Un Dios que podría, en el instante ambiguo del amanecer, destruir su creación: "Hora en que le sería fácil a Dios / matar del todo Su obra (14). Dios mira desde esa zona en que va "desbaratada la ficción del Tiempo"(15), marca destinos a los hombres (16) o sirve como referencia para equiparar la vida del Poeta: "Creo que mis jornadas y mis noches / se igualan en pobreza y en riqueza, a las de Dios y a las de todos los hombres" (17). Pero curiosamente, desde su lejanía y soledad, Dios es invocado con especial tono cristiano: "Así voy devolviéndole a Dios unos centavos / del caudal infinito que me pone en las manos" (18).

Como saldo no es excesivo. Tampoco desdeñable. En este primer bloque poético Borges muestra resabios de la filosofía que nutrió su formación intelectual, la estética de los "martinierristas", su acercamiento espontáneo a valores que la vanguardia literaria no alteraba. También la libertad de nombrar a Dios según

sus particulares (formalmente contradictorios) puntos de vista, que conservará hasta sus últimos días. Después de estos tres libros es lugar común recordar que en la década del treinta se dedicó de lleno a sus ensayos (“Evaristo Carriego”, “Discusión”, “Historia universal de la infamia” –incluye un primer cuento–, “Historia de la eternidad”); luego sus cuentos (“Ficciones”, “El Aleph”) y “Otras Inquisiciones”; por último, desde 1960 hasta su muerte, atenderá sobre todo a su poesía.

2 “EL HACEDOR” (Edit. Emecé, 1960). Treinta años después de “Cuaderno San Martín”, lapso en el que han aparecido algunas antologías con nuevos poemas, se publica este libro: “Ninguno, creo, es tan personal” (19). Su poética alcanza el nivel definitivo. Misceláneo por antonomasia, en él el ensayo breve, la ficción hecha parábola o memoria alucinada y el poema, se traban indiscerniblemente. Obsesiones, manías, recurrencias del “hacedor”, nunca alejado de la divagación erudita, el entronque con el curso fluyente de la literatura y el pensamiento universales, el enfoque curioso y nuevo de lo que antes de Borges era campo agostado y en sus manos revive palpitante. Hay aquí textos fundamentales. Borges está en su cenit. La ceguera (pesada herencia de varias generaciones de Borges) ha ido acentuándose. Ya no puede leer por sí mismo.

Queda del todo libre de los límites que la vigilia impone. “Desciende a su memoria” como el viejo Homero mitológico, “hacedor” primero de Occidente, al que dedica la primera prosa del libro (20). Ya en la dedicatoria “A Leopoldo Lugones” (21) su diálogo con el Poeta muerto mucho antes, evade las coordenadas del tiempo. El “orbe de los símbolos” va absorbiéndolo todo: la biblioteca, el zoológico, los espejos y los tigres, la espada, Don Quijote y la rosa, entremezclándose con los grandes temas: la inmortalidad y el destino, la percepción de la realidad, la memoria, la permanencia y la mutación. El sueño campeándolo todo. La Poesía, su fin.

Entre las fascinantes prosas de la primera parte, algunas nos interesan sobremanera. Por de pronto, “Argumentum Ornithologicum” (22), texto muy temprano –de 1993- publicado antes en el diario “Crítica”:

“Cierro los ojos y veo una bandada de pájaros. La visión dura un segundo o acaso menos; no se cuantos pájaros vi. ¿Era definido o indefinido su número? El problema involucra el de la existencia de Dios. Si Dios existe, el número es definido, porque Dios sabe cuántos pájaros vi. Si Dios no existe, el número es indefinido, porque nadie puede llevar la cuenta. En tal caso, vi menos de diez pájaros (digamos) y más de uno, pero no vi nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres o dos pájaros. Ví un número entre diez y uno, que no es nueve, ocho, siete, seis, cinco, etcétera. Ese número entero es inconcebible; ergo, Dios existe.”

Así de simple. El entretejido de la imaginación y la razón, conduciendo con lógica a la verificación que no conmueve ni compromete. Dios existe. En “Diálogos de muertos” (23) Rosas y Quiroga se enlazan en un contrapunto de mordacidades educadas a las puertas de la eternidad; los tiempos juegan intercambiándose coordenadas, hasta que “no hablaron más, porque en ese momento Alguien los llamó”. Dios, con su determinación suspendida, ocupando la culminación de la historia de los hombres y estableciendo el silencio en un verdadero hallazgo formal.

En “Paradiso XXXI, 108” (24) la recurrencia a la “Divina Comedia” viene a plantear con sutileza esa “Cosa infinita” que sentimos perdida: el rostro de Dios, de su Cristo, que el paño de la Verónica sugiere y se nos ha perdido para siempre. La cita del Apóstol Pablo, de Juan evangelista y Teresa de Jesús en el devenir de la pluma de Borges nos retiene: “Perdimos esos rasgos...y no lo sabremos mañana”. (25) Búsqueda interminable que se prolongará hasta el fin de la vida.

En la culminación de “Every and nothing” (26), donde Shakespeare aparece siendo sus personajes innumerables y ninguno,

“...antes de morir se supo frente a Dios y le dijo: Yo que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo. La Voz de Dios le contestó desde un torbellino: Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estas tú, que como yo, eres muchos y nadie”.

Insensibles, Dios y el “yo” se diluyen en las manos de Borges. La imaginación juega una trama estética de gran efecto.

Así ocurre en “Inferno I, 32” (27) donde Dios “ilumina la rudeza” de un leopardo declarándole su destino. En el segundo párrafo es a Dante mismo a quién “en un sueño le declaró el secreto propósito de su vida y su labor”. Cuando Dante despierta “sintió que había recibido y perdido una cosa infinita, algo que no podría recuperar, ni vislumbrar siquiera, porque la máquina del mundo es hartamente compleja para la simplicidad de los hombres”. Variaciones de Borges sobre un mismo motivo: la poesía golpeando las puertas del infinito.

Los poemas de “El Hacedor” son de una hondura que desconocían los de los primeros libros. La ceguera obliga al Poeta a dictar sus creaciones a copistas varios (su Madre será su amanuense casi intermitentemente hasta que muere a los 99 años, en 1975) después de haberlas paladeado durante días y noches de silencio y memoria. Los textos se adensan, desdeñan la metáfora descriptiva, recurren a la ayuda-memoria de las formas clásicas y los endecasílabos acunan ritmos en los que el pensamiento fluye libre y reflexivo, con prosaísmos que no afean (sólo Borges podría lograrlo) y ayudan a desocultar y nombrar el sueño que es la vida. Con frecuencia el soneto vuelve a ser el cauce, con cierto desdén por lo que de ello pueda la crítica después firmar. (28)

Dios aparece en el estupendo “Poema de los dones” (29) dando al Poeta “con maestría y magnífica ironía”... “a la vez los libros y la noche”. Los 800.000 volúmenes de la Biblioteca Nacional de la que acaba de ser nombrada Director, pertenecen ahora “a unos ojos sin luz, que solo pueden / leer en las bibliotecas de los sueños”. “Algo, que ciertamente no se nombra / con la palabra Azar, rige estas cosas” (Paul Groussac había ejercido antes, siendo ciego, esas mismas funciones). En el “Otro poema de los dones” se dirá: “Gracias quiero dar al divino / laberinto de los efectos y de las causas...” por la inacabable enumeración con que Borges ordena el caos de su mundo. (30) Dios incognoscible y caprichoso, sumerge al Poeta (“Ajedrez II”) (31) en el juego del “soñador soñado” que ya apareció en “Every and Nothing”, “Las ruinas circulares” (32) y volverá a reiterarse. Las piezas del juego prestigioso, el jugador que las pulsa, Dios moviendo al jugador y “¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza / de polvo y tiempo y sueño y agonías?”. Todos sometidos al juego infinito, incluso Dios, desde una realidad que el Poeta asume desde el Idealismo o el Gran Vehículo con su imagen de Dios desleído de panteísmo.

En “Los espejos” (33) Dios aparece educándonos: “Dios (he dado en pensar) pone un empeño / en toda esa inasible arquitectura / que edifica la luz con la ternura / del cristal y la sombra con el sueño. / Dios ha creado las noches que se arman / de sueños y las formas del espejo / para que el hombre sienta que es reflejo / y vanidad. Por eso nos alarman.”

Dios es... “indescifrable providencia / que administra lo pródigo y lo parco”... “Sabe Dios los colores que la suerte / propone al hombre más allá del día”... Aún cuando como el Dios del Erígena quiere “ser nadie para ser todos los hombres”. Y el eco del gran nominalista nos sobrecoge, mientras el Poeta recuerda a Alfonso Reyes (“In memoriam A.R.”). (34)

A la duda (sólo poética o retórica?) sobre la instancia escatológica se allega “Lucas XXIII” (35): el Buen ladrón de la estampa cristiana oye “que el que está muriendo a su lado / era Dios y le dijo ciegamente: / acuérdate de mí cuando vinieras / a tu reino, y la voz inconcebible / que un día juzgará a todos los seres / le prometió desde la Cruz terrible / el Paraíso...” Jesús aparece oblicuamente doblegado por la especial inocencia de ese ruego. El Crucificado es cita frecuente en esta Obra.

Como vemos, Borges se nutre muchas veces de lecturas bíblicas; quizás rescata al hacerlo la voz de la Abuela inglesa que acunaba su infancia con los versículos sagrados.

En el “Epílogo” (36) sugiere que “ese paciente laberinto de líneas” que “El Hacedor” ha dibujado, “traza la imagen de su cara”. ¿Coincidirá ese trazo con el que Borges –como Dante (37)- ha recibido cuando Dios le “declaró el secreto” en su día final?

3 "EL OTRO, EL MISMO" (Emecé, 1964). Nuevo y numeroso libro de poemas, al que da coherencia el reiterado tono de una meditación que convoca memorias, escudriña intersticios, descubre el aspecto transitado y nos deja a la puerta de lo inefable. En el "Prólogo" (38) el Poeta afirma: "De los muchos libros de versos que mi resignación, mi descuido y a veces mi pasión fueron borroneando, es el que prefiero". Aquí están "sus hábitos": "Buenos Aires, el culto de los mayores, la germanística, la contradicción del tiempo que pasa y la identidad que perdura, mi estupor de que el tiempo –nuestra sustancia- pueda ser compartido". No son poemas que logran "la sencillez" sino la "modestia" y "secreta complicidad", según él. Y coincidimos. Sigue más cerca del modernismo que de los movimientos literarios posteriores; pero hay una modulación más intimista creciendo en sus poemas. "Ajedrez misterioso la poesía, cuyo tablero y cuyas piezas cambian como en un sueño y sobre el cual me inclinaré después de haber muerto". Nos interesan algunos poemas en especial.

"Del infierno y del Cielo" (39) vuelve sobre una de las cuestiones teológicas que más lo inquietaron y nunca comprendió. Ya en su ensayo sobre "La duración del Infierno" (40) decía: "Yo creo que en el impensable destino nuestro... toda estafalaria cosa es posible, hasta la perpetuidad de un Infierno, pero también que es una irreligiosidad creer en él". El poema despoja al Infierno de las truculencias con que la tradición lo ha recargado; también despoja al cielo de sus esplendores. Las dos instancias serán, según el Poeta, la contemplación de un "rostro / durmiente, inmóvil, fiel, inalterable / (tal vez el de la amada, quizá el tuyo) / y la contemplación de ese inmediato / rostro incesante, intacto, incorruptible, / será para los réprobos, Infierno; / para los elegidos, Paraíso". Por lo visto, habrá "réprobos" y "elegidos" en situación distinta. Ninguna referencia a Dios: allá, como ahora, estará Ausente.

En el "Poema conjetural" (41), una de sus grandes creaciones, su antepasado Francisco Narciso de Laprida se enfrenta con una muerte de barbarie, no merecida. "Dios desde el principio" conocía esa clave, esa letra que faltaba al "sudamericano destino" del culto Laprida. Ya el Peronismo con su olor a multitudes, arreciaba. Cómo no recordar el destino similar de Dalmann, el protagonista del cuento "El sur". (42)

Dios fija de antemano los "Límite" (43): "Prefija omnipotentes normas" que cuestionan todo libre albedrío. La de Dios es "boca inapelable" (44). "Alguien ya contó las días, / Alguien para Quien no hay / ni premuras ni demora". (45)

"Mateo XXV, 30" (46) es remarcable. Borges presiente el Juicio de Dios una noche, sobre un puente ferroviario en un barrio de la periferia de Bs. As. En el "fragor de los trenes que tejían laberintos de hierro"... "desde el centro de mi ser, una voz infinita / dijo estas cosas (estas cosas, no estas palabras)"... Sigue una enumeración de todo aquello que su memoria retiene, mundo dispar y curioso. Lo que la voz dice concluye: "Has gestado los años y te han gastado, / y todavía no has escrito el poema". El Juicio habrá de requerir su esencial condición de Poeta, que es por donde pasa su fe más cierta, su ética posible.

Vuelve luego a la idea de que "Todas las cosas son palabras del / idioma en que Alguien o Algo, noche y día, / escribe esa infinita algarabía / que es la historia del mundo..." "Detrás del nombre hay lo que no se nombra; / hoy he sentido gravitar su sombra..." Aquí, en "Una brújula" (47), el clima cabalístico se hace presente, atrayendo su imaginación como en tantos otros lugares de su Obra.

En "Baltasar Gracián" (48), el jesuita ilustre tantas otras veces citado, aparece aquí sin ver, a pesar de su conceptismo!, "ni a Cristo que se mueve en un madero"; y cuando "el inexorable / Sol de Dios, la Verdad, mostró su fuego / quizás la luz de Dios lo dejó ciego / en mitad de la gloria interminable", en la que, por cierto, Borges lo ubica. A lo mejor, "Gracián no vio la gloria / y sigue resolviendo en la memoria / laberintos, retruécanos y embleman".

"El Golem" (49) otro de los poemas por los que se deseó ser recordado, reaparece el tema cabalístico que encontró por vez primera en la novela de G. Meyrink del mismo nombre (que leyó siendo joven en Suiza). Aquí lo toma de la obra sobre la Cábala de Gershom Scholem que leerá después y a la que cita

explícitamente en el poema. Alude al rito mágico por el cual el iniciado puede vivificar la figura de un muñeco que alcanza entonces la talla de un homúnculo —especie degradada de hombre. “El nombre es arquetipo de la cosa, / en las letras de rosa está la rosa”... “Habrá un terrible Nombre, que la esencia / cifre de Dios y que la Omnipotencia / guarda en letras y sílabas cabaes”...

“El pueblo de Dios buscaba el Nombre / en las vigilias de la judería”... El rabino de Praga, “sediento de saber lo que Dios sabe”... “al fin pronunció el nombre que es la Clave, / la Puerta, el Eco, el Huésped y el Palacio, / sobre un muñeco...” Pero “el perverso” no se adecuó a sus deseos y acosado por preguntas “en su Golem los ojos detenía. / ¿Quién nos dirá las cosas que sentía / Dios al mirar a su rabino en Praga?”. Somos Golem de Dios... En cada “Oda escrita en 1966” (50) dirá: “Si el Eterno / Espectador dejara de soñarnos / un solo instante, nos fulminaría / blanco y brusco relámpago. Su olvido.” También en el cuento “Las ruinas circulares” se alude a esta magia tan bella e inquietante. (51)

En “Jonathan Edwards” (52) Dios aparece identificado con su creación en formulación de reminiscencias panteístas: “No hay una / cosa de Dios en el sereno ambiente / que no lo exalte misteriosamente”... “En el centro puntual de la maraña / hay otro prisionero, Dios, la Araña.”

Este libro recoge su “Oda del vino” (53) y en ella señalo dos versos: “En tu cristal que vive nuestros ojos han visto / una roja metáfora de la Sangre de Cristo...” En “El alquimista” (54) dice, al final: “Dios, que sabe de alquimia, lo convierte / en polvo, en nadie, en nada y en el olvido”. Después, en “Everness” (55) afirmara: “Solo una cosa no hay. Es el olvido. / Dios, que salva el metal, salva la escoria / y cifra en Su profética memoria / las lunas que serán y las que han sido”... También a nosotros Dios “piadosamente, nos depara sucesión y olvido” (“Edipo y el enigma”) (56). El Dios que, de pronto, es ni mas ni menos: “Aquel, que es todas sus estrellas” (57). Atraen a Borges las imágenes que suscita su Nombre mas que la realidad del Ser de Dios captada por los rigores de una teodicea respetable. Hay en este libro tres poemas que vienen directamente a nuestro propósito.

Primero, “El Otro” (58). Allí Dios, que inspira a los poetas es equiparado al “Espíritu que sopla donde quiere” de las Escrituras. “Suyo es lo que perdura en la memoria / del tiempo secular. Nuestra la escoria”. Para Borges (también sobre esto ha vuelto muchas veces) toda la historia de la Literatura es obra, mas que de diversos autores, de un algo misterioso que inspira a todos. La originalidad solo se da en los modos; los temas de siempre responden a arquetipos eternos. Algún postulado de la “posmodernidad” se anticipa aquí.

A ese “Otro” innominado contradice el casi piadoso soneto “Juan I, 14” (59): “...Dios quiere andar entre los hombre / y nace de una madre, como nace / los linajes que en polvo se deshacen / y les será entregado el orbe entero, / aire, agua, pan, mañanas, piedra, lirio, / pero después la sangre del martirio, / el escarnio, los clavos y el madero”.

“El” (60) nos propone otra perspectiva: Dios nos mira “desde incesantes ojos”. Desde “los ojos del espejo, / las negras hidras y los tigres rojos. / No le basta crear. Es cada una de las criaturas de su extraño mundo”. Mundo que lo marca. Por mi (por Cain) “sabe el sabor del fuego del infierno”. Inútil sería el esfuerzo por desentrañar teológicamente lo que los poemas dicen en su apretado decir al corazón. En todo caso, hay huellas de Dios por todos lados. (61)

4 LA SOMBRA, LOS TIGRES, LA ROSA. En 1965 aparecieron las milongas “PARA LAS SEIS CUADRAS” (Emece) donde Borges se romansa en sus compadritos sentenciosos, estereotipados, valientes porque sí. “Meras elegías” dirá de ellas en el “Prologo” (62). “No hay cosa como la muerte / para mejorar la gente” (63). “Solo Dios puede saber / la laya fiel de aquel hombre” (64). “ELOGIO DE LA SOMBRA” (Emece, 1969) añadirá otra instancia memorable a su poética. En el “Prologo” (65) reitera consideraciones sobre sus “astucias” estéticas: eludir sinónimos, hispanismos, argentinismos, arcaísmos, neologismos, ...preferir palabras habituales a las asombrosas, ...simular pequeñas incertidumbres, ...narrar los hechos

como si no los entendiera del todo. Se dice allí que el libro añade dos temas nuevos: la vejez y la ética. La “sombra” del título del libro, que es el mismo del último poema (66), no conlleva ninguna carga peyorativa. Es la ceguera aceptada, la vida, la realidad toda, el tiempo de la vejez, la muerte. “Penumbra lenta y no duele”... “es una dulzura, un regreso”... El camino hacia el “secreto centro”: “llego mi centro, / a mi algebra y mi clave, / a mi espejo. / Pronto sabré quien soy”. Por que no, la “sombra” de Borges tiene también reminiscencias de aquella iluminada y fecunda del místico castellano “La noche”: sombra que comienza a iluminar. Poemas y prosas de este libro son datos sobre el mismo Poeta que va tornándose más autoconfidente con los años.

Otro “Juan I, 14” (67). Aquí desde la perspectiva del propio Dios puesto en camino hacia los hombres: “YO que soy el Es, el Fui y el Será / vuelva condescender al lenguaje...” “...quise jugar con mis hijos...” “Por obra de una magia / nací curiosamente de un vientre...” No desdeña el Poeta alguna evidente herejía teológica: “Viví hechizado, encarcelado en un cuerpo / y en la humildad de un alma”. Y sigue “Conocí la memoria... la esperanza y el temor, ... la vigilia, el sueño, los sueños / la ignorancia, la carne, / los torpes laberintos de la razón ... Prendí de una cruz”... Y el mismo Dios alude al poema dentro del poema: “He encomendado esta escritura a un hombre cualquiera; / no será nunca lo que quiero decir, / no dejará de ser su reflejo ...” Y culmina bien a lo Borges (al fin de cuentas, Dios se ha resignado en el verso anterior a ser su reflejo!): “Mañana seré un tigre entre los tigre / y predicaré mi ley a su selva, / a un gran Árbol de Asia...” Nada ata a al Poeta; también el Evangelio es para Borges pura literatura. Su Poesía roza raramente lo religioso, como cuando unas páginas más allá, en versos que simulan la confidencia de James Joyce, se dice: “Dame, Señor, coraje y alegría / para escalar la cumbre de este día” (68). Lo habitual es otra cosa: “El tiempo es la diversa / trama de sueños ávidos que somos / y que el secreto Soñador dispersa”. (69) “A la luz inconcebible / de Quien perdura, un siglo es un momento”.

Jesús reaparece, insoslayable encuentro cuando la palabra cava hondo. Es el Dios de Israel desde el “Libro que abarca el tiempo y que la historia / del rojo Adán rescata y la memoria / y la agonía del Crucificado”(70). Lo memoran los versos ofrecidos a los “Acevedo” (71) (parte judía del linaje de los Borges) que también están dispersos “en aquel saucedal de Galilea / que hollaron los humanos pies de Cristo”. Lo aluden los versos de “Fragmentos de un evangelio apócrifo” (72), en los que la particular ética del Poeta se muestra solo a veces coincidente con la del Evangelio auténtico. De este tienen los poemas de Borges, con frecuencia, lo que de los Libros inspirados tienen los textos apócrifos: una libertad, una frescura y osadía que por razones más altas suelen no mostrar las exégesis correctas.

Hay en este libro algunas prosas que Borges quiere que sean leídas “como versos” (73). En “Leyenda” (74) el tema es bíblico: Abel, después de su muerte, se encuentra con Cain en el desierto. Este, al ver la marca de la piedra asesina en la frente del hermano, pide perdón. Pero Abel ha olvidado ya lo acontecido. Su olvido es el perdón. Cain intentara también olvidar. En la teología moral de este pasaje solo hay culpa mientras dura el remordimiento. En “His end and his beginning” (75) un muerto retorna a la vida, pero esta como desasido de las implicancias con que la vida lo marcaba. El prodigioso poder narrativo de Borges plasma un cielo en la tierra, sin la visión de Dios del cielo cristiano. Aséptico cielo, tiempo sin tiempo, fantástica latencia. En “Una Oración” (76) el Poeta nos abre a intimidades que convocan nuestro respeto. Habla del Padrenuestro diario prometido a su Madre, al que confiesa “no entender del todo” (77).

Dice de su imposibilidad de “pedir”, porque le parece irracional e inmerecido que las causalidades ya establecidas desde la eternidad sean alteradas. Habla del error sin perdón posible, al menos proveniente de un salvador que no sea uno mismo. La libertad es puesta en duda. Se espera el olvido, casi el único nombre de la paz esperada. Borges cree posible hablar de la oración sin nombrar a Dios en ningún momento y la alabanza se anega en un texto pudoroso, humilde, lucubrante, sin otro apoyo que el de la Poesía, ni siquiera cuando usurpa un terreno a la experiencia religiosa. “Para un verdadero poeta, cada momento de la vida, cada hecho, debería ser poético, ya que profundamente lo es”, escribió una vez. (78).

En 1972 se publica "EL ORO DE LOS TIGRES" (Emece). Título también de su último poema. Decía Borges en "El Hacedor": "En la infancia yo ejercí con fervor la adoración del tigre... Todavía están en mis sueños". (79) Como todos los símbolos, el del tigre es polivalente y racionalmente inexhaustible. "La oscuridad, el fuego, la inocencia, el mal, el instinto sexual, la violencia ciega, el tiempo que devora, etc." (80) También esta última latencia: el amarillo es el único color para sus ojos neblinosos.

Entre otros poemas con momento memorables, "Religio Medici, 1643" (título robado a Thomas Browne) (81), dice: "Defiéndeme, Señor. (El vocativo / no implica a Nadie. Es solo una palabra / de este ejercicio que el desgano labra / y que en la tarde del temor escribo). / Defiéndeme de mi, del impaciente apetito... de ser el que ya he sido... de la esperanza". Aquí la oración es oración, aunque ese paréntesis incluya lo contradictorio dejando a salvo el forzado "librepensamiento", el agnosticismo poético. El Poeta se defiende de una fórmula que podría remitirlo a un ámbito en el que no quiere residir. Sin duda, para Borges, es más poética la duda que la afirmación de la fe. Como cuando una y otra vez se ensaña con el módulo cristiano del Misterio Trinitario, al que estigmatiza con aversión meramente estética. (82) Así parece desdibujándose en la larga enumeración de "Cosas" (83): "Las cosas / que nadie mira, salvo el Dios de Berkeley" desde su empeñoso Idealismo. Como no va a diluirse Dios al Poeta, si su mismo "yo" anda harto diluido postulando el Yo arquetípico que supera todas las antinomias y al mismo tiempo las concentra (84). El mundo también "minucioso laberinto inútil", "curioso mundo" (85).

El Poeta vive días difíciles en esa etapa. (86) Se oculta y huye del amor: "Me duele una mujer en todo el cuerpo" y es solicitado por la ansiedad: "Solo me quedan / la vaga luz, la inextricable sombra / y el oro del principio". (87) En todo caso, "El palacio no es infinito... su cifra tiene un fin... A nadie le está dado recorrer más que una parte infinitesimal del Palacio..." (88). El laberinto acosa.

En 1975, "LA ROSA PROFUNDA" (Emece). Hablando de su poetizar, decía: "Empiezo por divisar una forma, una suerte de isla remota, que será después un relato o una poesía. Veo el fin y veo el principio, no lo que se halla entre los dos. Esto gradualmente me es revelado, cuando los astros o el azar son sombra". (89) Las sinceridades van acentuándose de libro en libro, aun cuando se haga difícil señalar progresiones y etapas claras en su producción.

Toso, temas y formas, vuelven siempre al punto de partida. La "Rosa" siempre acompaña a Borges. (90) Con su laberíntica distribución de pétalos hacia un centro que se oculta, su aristocrática elegancia, bien puede evocar el Jardín y el Mundo, la Eternidad y el Tiempo, la Mujer y la Vida, e incontables contenidos simultáneos. Entre los treinta poemas de este libro también reaparecen las panteras, las espadas, los mitos, las memorias, la ceguera y los espejos, los libros y los talismanes, lo poético. Síntesis hacia todo la que encamina al poeta: "Loada sea la misericordia / de quien, ya cumplidos mis setenta años / y sellados mis ojos, / me salva de la venerada vejez..." (91) Dios sigue suspendido en zona de imperturbabilidades. Es ese "Alguien" que pudo borrar y no ha borrado ni borrara "los hierros, las discordias y los males". Ese "Otro", "quizás el destino humano", "Darle el nombre de Dios no nos ayuda. / vamos también son el temor, la duda / y la trunca plegaria que iniciamos. / ¿Qué arco habrá arrojado esta saeta / que soy? ¿Que cumbre puede ser la meta?". (93) Pero, "En un atardecer muere un judío / crucificado por los negros clavos / que el pretor ordeno, pero las gentes / de las generaciones de la tierra / no olvidara la sangre y la plegaria / y en la colina los tres hombres últimos..." (94) De todas maneras, como consignan los últimos versos del último poema: "Soy ciego y nada se, pero preveo / que son más los caminos... / que el Señor mostrara a mis ojos muertos." (95)

5. MONEDAS, LA NOCE, LA CIERA. Borges, incansable, fuente siempre amante nos dará aun cuatro libros más de poemas. En 1976 aparece "LA MONEDA DE HIERRO" (Emecé). "Bien cumplidos los setenta años", (setenta y siete en realidad) "un escritor, por torpe que sea, ya sabe ciertas cosas. La primera, sus límites" (96) A uno de ellos se refiere en el conmovedor soneto "El Remordimiento": "No he sido feliz", "No fui valiente" (97). También escribe: "Vivo, soy una sombra que la Sombra amenaza; / moriré y no habré visto mi interminable casa..." (98) Dios es esa "Sombra" mayúscula, que ha prefijado la versión verdadera de la eterna Escritura a la que con cierto dejo panteísta se alude en el poema "A Manuel Mujica Lainez". (99)

“Dios, o Tal Vez o Nadie, yo te pido / su inagotable imagen no el olvido”, se dice en un poema evocador de su Padre muerto 1938 y al que se regresa presintiendo el propio fin. (100). Dios que da a la espada el resplandor y la epopeya. (101) “Dios que no tiene cara”. (102) Arcoiris del cielo que “nos bendice”. (103) Arcoiris erigido por la mente del gran Idealista Baruch Spinoza. (104) Dios que acecha desde las gritas. (105) “Alguien o Algo”.(106). El Dios de “la noche infinita”. (107) Cuantos nombres elusivos que no logran ocultar una presencia permanente!. El poema “La moneda de hierro” (108) fue escrito 30 años después del cuento “El Zahir”: uno de los 99 nombres de Dios según la cabala: objeto mágico; eso que una vez visto torna imposible su olvido, esa moneda de dos caras como la realidad, detrás de la cual QUIZAS este Dios. (109) En el poema, la moneda con sus dos caras, ineluctables como el hierro, nos propone un centro: “Dios es el inasible centro de la sortija. / No exalta ni condena. Obra mejor: olvida “. El mundo es una moneda imposible de poseer unívocamente, como “el amor de una mujer”, y encierra en su centro al Dios inescrutable. Con este inescrutable poema se cierra el libro.

De 1977 es “HISTORIA DE LA NOCHE” (Emecé). Por primera vez, en la “Inscripción”, se nombra a Maria Kodama. (110) El definitivo nombre de mujer en los labios del Poeta. En el “Epílogo” se dirá de este libro que es “el mas intimo”. (111) Sucesión de referencias a otros libros, de alusiones a otras instancias, el sueño – realidad que es la Literatura. De la Biblioteca (símbolo de la totalidad, del laberinto, del caos ordenado) habla el primer poema. Allí se dice: “La teología es la ciencia que descifra el solitario laberinto de Dios”...de “Dios que no duerme” (según la forma islámica) (112) o “que esta solo” como aparece en “Alambra”.(113) Aquel cuya cifra es “el Uno”. (114) En “Ni siquiera soy polvo” (115), Alonso Quijano, sueño de Cervantes, soñador de Don Quijote, se vuelve a Dios suplicante: “Mi Dios, mi soñador, sigue soñándome”. Borges, frente al espejo (ese proyectador de las dualidades, ese ojo incansable como el mismo Dios, ese terrible testigo temido desde la niñez) nos dice: “Yo temo ahora que el espejo encierre / el verdadero rostro de mi alma, / lastimada de sombras y de culpas, / el que Dios ve y acaso ven los hombres.”(116) Borges, “un hombre ciego”...que “siente que los actos que ejecuta / interminablemente en su crepúsculo / obedecen a un juego que no entiende / y que dirige un Dios indescifrable”...mientras “bien o mal escribe este poema” (117). En las “Notas” finales reflexiona, comentando un texto Shakespeare, que allí “se oye el eco del tremendo nombre Soy el que Soy”. Y concluye: “Como el Creador, la criatura es lo que es, siquiera de manera adjetiva”. (118) Frágil en sus manos, como el bastón de madera de cerezo que lo entretiene mas que sostiene, el “ser adjetivo” de Borges vuelve una y otra vez a la indagación estética del Absoluto: la noche en la que se debate, aunque tenga alguna reminiscencia formal de la de San Juan de la Cruz, no es, no, noche que conduzca a ningún desposorio místico. Es una noche que simplemente “sentimos inagotable como una antiguo vino / y nadie puede contemplarla sin vértigo / y el tiempo la ha cargado de eternidad”. (119) Quien la siente así, esta abierto a su influjo. “LA CIFRA” (Emecé, Alianza Editorial, 1981) es otra instancia ascensional en su poesía.

Reúne sesenta y un poemas, escritor entre 1978 y el año de la aparición de libro. Ante la muerte presentida, sin autocompasión ninguna, el Poeta describe los últimos giros dentro del laberinto. “Sin duda no es diferente del Autor de las Ficciones, pero su inteligencia , sin renunciar a los temas, a las paradojas y las imágenes que les son queridos, se ha ido aproximando casi imperceptiblemente al limite donde lo que antes era feliz travesía intelectual ha terminado por volverse supervivencia patética; donde lo que era intuición aguda del tiempo y del misterio de la existencia, ha terminado por volverse certidumbre trágica: el Borges de los últimos años es un hombre que esta cerca, y lo sabe, de lo esencial “. (120) En el “Prologo” dice que su “suerte” e lo que suele denominarse “poesía intelectual”, entretejadora de la vigilia (el intelecto) y el sueño (la Poesía). Lo fue de Platón, de Bacon, de Emerson, de Browning , Frost, Unamuno y Valery...El “listado” es suyo: Borges se asegura en buena compañía!. Opuesta, dice, a la “poesía verbal”, pura música. Hay “algo” que debe ser expresado por la Poesía y el, sin desdeñar la corrección formal, equilibrando logos y canto hasta la perfección, nos regalara hasta el fin la felicidad de su Poesía.(121)

En ella, el “Dios que esta solo” del Corán (122) es un poco el mismo Poeta que sueña sin cesar, que sueña soñar “con un poco de frío y un poco de miedo”. (123) Como a un nuevo Edipo ante la Esfinge, no le es

negada la prueba: “En vano / elevará esta noche una plegaria a su curioso dios, que es tres, dos, uno / y se dirá que es inmortal. Ahora / oye la profecía de su muerte / y sabe que es un animal sentado...” (124) “Sin que nadie lo sepa, ni el espejo, / ha llorado unas lágrimas humanas...Del otro lado de la puerta un hombre / hecho de soledad, de amor, de tiempo, / acaba de llorar en Buenos Aires / todas las cosas”. (125) “Otra cosa no soy que esas imágenes / que baraja el azar y nombra el tedio. / Con ellas, aunque ciego y quebrantado, / he de labrar el verso incorruptible / y (es mi deber) salvarme”. (126) ...”No te salva la agonía / de Jesús o de Sócrates ni el fuerte / Sidharta de oro... ...No hay una lástima en el Hado / y la noche de Dios es infinita. / Tu materia es el tiempo, el incesante / Tiempo. Eres cada solitario instante”. (127) “Alguien” tantas veces invocado (128) está siempre allí. Como esas ocho millones de divinidades del Shinto: “Modestos números que nos tocan, / nos tocan y nos dejan”. (129) Los poemas hablan por sí mismos y es casi sacrilegio interrumpirlos con advertencias.

A pesar del torno general de todo el libro, hay un poema sorprendente cuya transcripción me niego a omitir; se llama “El Ángel” (130):

“Que el hombre que sea indigno del Ángel / cuya espada lo guarda / desde que lo engendré aquel Amor / que mueve el sol y las estrellas / hasta el Último Día que retumbe / el trueno en la trompeta. / Que no lo arrastre a rojos lupanares / ni a los palacios que erigió la soberbia / ni a las tabernas insensatas. / Que no se rebaje en la súplica / ni al oprobio del llanto / ni a la fabulosa esperanza / ni a las pequeñas magias del miedo / ni al simulacro del histrión; / el Otro mira. / Que recuerde que nunca estará solo. / En el público día o en la sombra / el incesante espejo lo atestigua; / que no macule su cristal una lágrima. / Señor, que al cabo de mis días en la Tierra / ya no deshonre el Ángel”.

Con su cita dantesca, con sus “felicidades” habituales, sin ser un gran poema, dice mucho a quién indaga los rastros de Dios en esta Obra.

6 Último libro. En 1985 aparece el último libro de Borges, quizás su testamento literario; es libro de poemas: “LOS CONJURADOS” (Alianza Editorial). Publicado en España y firmado en Suiza (Ginebra: “una de mis patrias”) (131) donde pocos meses después morirá y sus restos descansan: desde donde se nos prueba una vez más esa cosa indefinible que es ser un argentino, según el mismo Borges. (132) Se dice en el “Prólogo” (133): “suelo sentir que soy tierra, cansada tierra. Sigo, sin embargo, escribiendo. ¿Qué otra suerte me queda, qué otra hermosa suerte me queda?...No hay poeta, por mediocre que sea, que no haya escrito el mejor verso de la literatura, pero también los más desdichados... En este libro hay muchos sueños...dones de la noche...del alba, o ficciones deliberadas”. Los poemas son increíblemente jóvenes. “En cada instante la clepsidra deja caer la última gota”. (134) Siguiendo a Plotino conjetura: “Bien puede ser que nuestra vida breve / sea un reflejo fugaz de lo divino”. (135) Confidenciándose con su amigo de la adolescencia ginebrina dice que “la muerte es más inverosímil que la vida...El alma perdura cuando su cuerpo es caos... ...Debemos entrar en la muerte como quien entra en una fiesta”. (136)

“Somos el tiempo, el río indivisible...” (137) “¿Qué habrá soñado el Tiempo?... Ha soñado la fe...Ha soñado la ética y las metáforas del mas extraño de los hombres, el que murió una tarde en una cruz...Ha soñado que Alguien lo sueña”. (138) Antes del olvido final, “Juguemos con el lodo / de ser durante un tiempo, de ser y de haber sido”. (139) “Eres nube, eres mar, eres olvido. / Eres también aquello que has perdido”. (140) Nubes que “quizás Dios necesita / para la ejecución de su infinita / obra y son libros de la trama oscura”. (141)

“Ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto...Nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo. No daremos nunca con el hilo; acaso lo encontramos y lo perdemos en un cato de fe, en una cadencia, en el sueño, en las palabras que se llaman filosofía o en la mera y sencilla felicidad”. (142) Cavilaciones de Poeta, en las que la contradicción formal no invalida el empeñamiento con que el poetizar se pone mendicante a la puerta de lo que la razón ni el poema logran alcanzar. “A los otros les queda el universo; / a mi penumbra, el hábito del verso”. (143) En este quehacer del alma, ni el pecado ni la culpa

poseen entidad cierta. En todo caso “si algo ha quedado de tu culpa, yo (el maestro de la parábola) cargaré con ella...” (144)

De nuevo, Jesús, el Crucificado. Siempre está a mano. Minimizado a veces por el contexto que lo encuadra, parte de ese todo que la enumeración caudalosa abarca, referencia histórica o cultural, objeto de arbitraria exégesis (145) o la memoria lúdica. En el pórtico de este libro final hay un poema de identidad especial: “Cristo en la Cruz”. (146) La construcción es muy cuidada. Comienza describiendo la escena del calvario sin que nada aparezca el azar: la mirada es guiada desde la minucia hasta su propósito trascendente. Se advierten leves modificaciones (pero importantes) de la iconografía clásica. En el verso sexto el Poeta se introduce en el cuadro: “No lo veo / y seguiré buscándolo hasta el día / último de mis pasos por la tierra”. (147) Después de semejante confesión, si no de fe, tampoco desde la indiferencia o la distancia, se retorna a la escena.

Desde el verso catorce en adelante, Jesús “piensa”. Piensa en el reino que “tal vez” (Oh Borges sólo fiel a sí mismo!) lo espera, en una mujer que no fuera suya: es decir, en lo que decididamente tiene que ver con su existencia humana. Piensa que “no es un dios y que es un hombre”, cosa que “no le importa”. Lo que importa es “el duro hierro de los clavos” y “gime”, porque no es un estoico, romano o griego...Piensa en eso que no tiene que ver con El y es todo lo que a través del tiempo ha sido el Cristianismo (desde el verso diecisiete en adelante), sintetizado por el Poeta en instancias claves. En el verso 29 Borges vuelve a introducirse en el poema, haciendo el balance de lo que de Cristo hemos heredado según su parcial perspectiva: “espléndidas metáforas / y una y una doctrina del perdón que puede / anulara el pasado”. Sólo eso. Cristo es para Borges una imposibilidad trágica. Vuelve brevemente a la descripción de Su muerte. Y concluye: “De qué puede servirme que aquel hombre / haya sufrido, si yo sufro ahora?”. El poema reitera el manejo puramente estético de un acontecimiento y verdad que pertenece a otro orden, filosófico y religioso. La “ausencia” más que la “presencia” del tema es lo que nos queda entre manos. Su poetizar consiste en mostrarnos más lo que falta que lo que se posee.

Y sin embargo no descrea de la búsqueda. O mejor, por ello mismo. “La larga busca” (148) de Dios que empeña a los hombres de buena voluntad y a Borges, resulta conmovedora. El ir y venir sobre este Dios “que nos elude de segundo en segundo”, según el poema, y en realidad es el gran eludido por el Poeta. Así como a Góngora, “los despojos” de tantos dioses paganos (los del poema, no los de la Poesía!) le “han desterrado a Dios, que es Tres y Uno, de mi –su- / despierto corazón” (149), también al “otro Borges” (el del oficio de poeta), parece escapársele el verdadero Dios entre tanto despojo de sueño e irrealidad consentida. Será porque Dios no anida en poemas, al menos cuando éstos no acceden al nivel de la Poesía mística, sino en lo que está más allá de las palabras (también las de la Filosofía o la Teología). En todo caso, la palabra sostenida por la fe lo aprehende analógicamente, anunciándolo. Palabra que va del corazón creyente (“el pecho del amor muy lastimado”) certeramente al Dios Revelado (“Aquel que de mi amor ha hecho ausencia”). Y Borges en su poetizar no accede a Dios desde la fe. El Infinito, entonces, se sostiene en un lenguaje “especialmente” insuficiente, obligado a resolverse en contradicciones, vaguedades, metáforas que son por sí mismas “metafísica”. (150) De todas maneras, frente a lo Divino, la razón y la fe se vierten en Poesía: la de Borges o la de S. Juan de la Cruz.

III – Breve referencia a los Presupuestos teóricos.

¿Es la Obra de Borges la de un escéptico, un nihilista, un agnóstico? ¿Se inscribe en el Nominalismo, el Idealismo, el Positivismo Lógico? ¿Qué de su ateísmo, se deísmo, su panteísmo o misticismo? Todas estas rotulaciones carecen de sustento cuando pretenden designar la totalidad de una Obra caracterizada por lo proteico y contradictorio. El mismo Autor se anticipa a esos juicios parcelados, distanciándose de los sistemas doctrinarios por definición estáticos y absolutizadores: categorías estas del todo “antiborgeanas”. En el campo de lo analógico-simbólico (común a poetas y filósofos) lo no demostrable y definible es ley. Borges no es filósofo, sino hombre de letras. Creador de formas y no de contenidos, manipulador eximio de

variados temas en perspectivas disímiles, abiertas, desestructurantes. Autor de sueños, ficciones, discusiones, inquisiciones y refutaciones en las que la incertidumbre cuestiona las certezas y lo misceláneo los corpus acabados. En sus divagaciones lo nocional se confunde con lo arbitrario, el pensamiento con la sensación, las universalizaciones con las particularidades. Hay sí, recurrencias visibles, frecuentaciones claras, símbolos que se reiteran y temas que reaparecen. (151) Pero siempre el oximoron, la ironía, el juego y el distanciamiento, generarán una Obra que nos remite a toda la Literatura y el Pensamiento, en ella nuevos y fascinantes. Ofrecida a múltiples lecturas, a incontables versiones.

El tema de Dios en esta Obra Poética puede ser leído desde los presupuestos teóricos que coyunturalmente la entretuvieron. Para Borges, “la metafísica es la única justificación y finalidad de todos los temas”. (152) Y ya sabemos qué entiende Borges por “Metafísica”. (153) Todo desde la perspectiva estética: él no es un pensador, sino un “Hacedor”. (154) Y las palabras en las que construye su residencia dicen lo otro, se dicen a sí mismas y dicen la imposibilidad de decir de la otridad su sustancia, naufragando siempre en el intento y la búsqueda. Búsqueda articulada con particular belleza, sin que interese del todo hacia donde va, ni si consigue lo que busca: por su misma constitución metafórica la Poesía está ya inficcionalizada de trascendencia. (155) Indagar la “filosofía” de Borges se ha hecho frecuente. Aún cuando para él no era mas que “el débil artificio de un argentino extraviado en la metafísica”. (156)

El último de esos estudios nos parece muy serio. (157) Juan Nuño, citando a Borges dice, que es “escritor capaz de imaginar abstracciones, de dar vida imaginativa a filosofemas, de convertir en ficción prodigiosa sequizos conceptos”. (158) “Lo suyo es la creación de estructuras narrativas a partir de ideas filosóficas”. (159) El Autor estudia una vez más la relación de Borges con el Idealismo y su conexión con la literatura fantástica; la relación con las tesis lingüísticas oxonianas acerca del significado de un texto; su obsesión por el tema del Tiempo (tan central en su pensamiento), del Espacio, del “yo ilusorio”, la muerte (el suicidio que por tantos años lo atrae). También “su” Nominalismo, su afición a los arquetipos (Platón, Shopenhauer, Berkeley), sus contactos con el Empirismo inglés... Señala que se corren tres peligros al intentar una aproximación filosófica a la Obra de Borges: “agotamiento, rigidez e imputación”. (160) Peligro de agostar un texto esencialmente literario, de reducirlo a esquemas arbitrarios; caer en el riesgo de “incoar un insostenible proceso de intenciones”. Lo cual implicaría traicionar, malentender esa Obra. Y hacia el final, afirma: “Entre mentalismo y temporalidad se contiene el arco apretado de recursos metafísicos de Borges: los mundos posibles, las paradojas como grietas de irracionalidad, los espejos abominables por multiplicadores de las fugaces copias. Pero lo mejor es que para lograr la expresión de esas abstractas nociones, Borges levanta la imaginería de sus poderosos símbolos literarios”. Y concluye afirmando que esta Obra, para existir, no tiene “necesidad del apoyo interpretativo metafísico”. (161)

Otro ensayo clásico e insoslayable, es la interpretación que hace de la Obra de Borges (sobre todo narrativa y hasta 1960) Jaime Rest. (162) Para el Autor, la clave está en el Nominalismo. Democrático, sobre todo Occam y el Empirismo radical inglés (Hume), serían sus fuentes principales. También Macedonio Fernández, con influyente testimonio sobre la orientación general del pensamiento de Borges. Aunque éste se niegue a aceptar “sistematicidad” a la que adhiera (como Quevedo, “su grandeza es verbal”) e insista en no ir mas allá de la Literatura, dice Rest que en él, el tema de Dios “excede su escepticismo”. (163) “Borges no cuestiona las creencias, sino mas bien los intentos de sistematizarlas, de hacerlas demostrables”... “No sostenemos que Borges tenga una innegables convicción personal de que Dios exista y de cómo existe”... “Se trata de un postulado útil y hasta indispensable para nuestra condición de criaturas, cuya demostración juzga innecesaria; la actividad divina es una función que se impone por sí misma como exigencia impostergable de su constelación imaginaria; en consecuencia, se presenta como una licencia poética obligada, como una hipótesis de trabajo eficaz o, en todo caso, como un sentimiento –tal vez estrictamente literario- del ‘credo quia absurdum’... “Dios desempeña varias tareas primordiales en la producción de Borges: es un ser inescrutable, por momentos un demiurgo que al parecer instauró su creación con el malévolo designio de que los hombres se entregaran sin descanso –como Sísifo, como Tántalo- a la empresa de entenderla, aunque jamás conseguirán satisfacer ése propósito; es, asimismo, quien está

destinado a refutar las habilidosas pero superfluas lucubraciones que el género humano desmadeja en su afán de explicar la naturaleza y desempeño divinos, porque Dios se interesa tan poco en diferencias religiosas (cita aquí “Los Teólogos”) (164) que resulta ser el más apático –quizás también el más ignaro- en materia de controversias teológicas”. “Admitir como hipótesis la existencia de Dios es ya una solapada vía de confutarla, demostrando nuestra ineptitud para concebirla, según se desprende de las dudas, contiendas y contradicciones de los pensadores que la admiten...” “Lo único cierto que acaso pueda afirmarse acerca de Dios, es lo que el mismo ha declarado en el Exodo III, 14: Soy el que Soy.” (166) En cambio lo suceden ciertas concepciones de la Divinidad: Farid Al-Din Attar y su “Simurg” (167); el “amigo” de Browning (168); la “divinitas” de Meister Eckart: “Dios sin cara” (169); el soñador, emparentada con Berkeley, vinculada a la idea del “solipsismo divino”. (170) Pura fascinación estética. “Desde el punto de vista religioso, Borges considera que Dios sólo puede ser un motivo de fe, nunca de prescripciones doctrinales o demostraciones escolásticas”. (171) Puro heredero de Occam, los místicos le interesan, afirmando la imposibilidad de penetrar en la intimidad de Dios: Eckart, Swedenborg!. Por eso su afición por los “heresiarcas” (W. Blake, Bloy, Swedenborg, cabalistas...). Nada de preceptos, silogismos, reglamentaciones. Más bien metáforas... silencio. La búsqueda de Dios debe justificarse por sí misma, no por afán de conjeturar premios o castigos. Estas largas y respetuosas citas de Rest dicen de cuánto valoramos el acierto con que ha desentrañado “el tema de Dios” en Borges. Para él, su Nominalismo lo precipitará en la crítica del Lenguaje, vinculándolo con los precursores del Análisis Lógico (B. Russell, Wittgenstein, Carnapp). La “reivindicación del silencio” que Rest atribuye a Borges, hace que “en él vuelvan a reunirse los dos silencios que han recorrido en la totalidad de su trayectoria, la marcha del pensamiento moderno”. De un lado está el Silencio Nominal, la ineptitud del lenguaje para introducirse en la realidad; del otro, el Silencio Místico, el carácter inefable que se desprende del trato con Aquello (o Aquél) que sustancialmente “es lo que es”. (172) (Son interesantísimas las consideraciones de Rest –páginas 195-201 de su obra- sobre la “actualidad y permanencia del silencio” analizando la principal bibliografía vinculada al Positivismo Lógico).

La tercera obra que nos parece importantísimo destacar es la de Gabriela Massuh. (173) En ella, la Autora reprocha a Rest insertar a Borges en el Positivismo Lógico (aunque él sólo hable de “coincidencias”). Según Massuh ya antes lo habría hecho George Steiner. (174) Le reconoce el mérito de desvincularlo de lo “doctrinario” religioso y filosófico, aunque lo adscriba al Nominalismo y cómo observa por primera vez el valor positivo del silencio en su Obra. Pero para Massuh, Borges sólo pertenece al mundo verbal y desde ello y hacia ello ha de ser interpretado. (175)

En su medular tesis, tras una valoración de los análisis críticos de variada índole sobre la Obra de Borges, la Dra. Massuh rescata la de aquellos que lo retienen dentro del estricto campo de lo literario, como desde temprana hora lo hicieron Pezón (176) y Anderson Imbert (177). Para ella, los clásicos trabajos de Barrenechea (178) o Alazraki (179) han inventado un Borges perdido en la metafísica (malconducidos, claro, por el mismo Poeta!). “Quién busque una interpretación coherente del mundo de Borges, no hallará más que paradojas, juegos literarios, visiones caóticas, escepticismo. Si un autor confiesa que a él le atraen las ideas filosóficas por lo que hay de estético en ellas, lo que justamente no está reclamando es que se busquen en su obra ideas para una visión teórica del universo”. (180) Massuh reivindica tres aportes de la “Nouvelle Critique”: Blanchot (181), primero en analizar a Borges como estructura literaria autosuficiente; Genette (182), concibiendo a Borges a partir de una idea de literatura “excesiva” que desborda los cauces y transforma en ficción lo que toca; Foucault (183), donde Borges propondría la creación de un tipo de literatura que se gesta a partir de la superación de sus propios límites. “Los tres autores conciben... la literatura de Borges como la articulación, a partir del lenguaje, de un universo que se rige por sus leyes propias”. (184) También se valora los trabajos de Rodríguez Monegal (185) y de John Sturrock (186).

Analizando los límites y superación del lenguaje en Borges, Massuh indica que en su laberinto lingüístico hay una salida: la de un silencio radicalmente distinto del de los místicos. Silencio que se abre no a un espacio sagrado, sino a un reino de significaciones plurales que contiene el lenguaje y al mismo tiempo lo

supera. Analiza la Autora seis relatos representativos: “El acercamiento a Almotásim” (187), “El Zahir” (188), “El Aleph” (189), “La escritura del dios” (190), “El espejo y la máscara” y “Undr” (191).

Para ella, Borges no busca “lo Absoluto” (192), aunque la equivocidad propia de esas narraciones lo sugiera, generando interpretaciones religiosas de su Obra, asimilándola a lo místico. Hay frecuentes imágenes de “peregrinos” que buscan, tendencia a anular lo temporal y lo espacial, valoraciones del silencio...como entre los místicos clásicos.

“Podría pensarse que Borges percibe realmente un principio sagrado detrás de ese silencio”. Tanto es así que una parte de la crítica se pregunta si no se trata de una actitud de Borges fundamentada en una profunda fe religiosa. La Autora cita a José Isaacson: una oración que él dice a su modo sin saber que la está pronunciando. (193) Y a Steiner: “Si, como los poetas ciegos, pasamos la yema de los dedos por el filo viviente de las palabras...sentiremos que ellas ofrecen el suave latido de una gran corriente que late desde un centro común; sentiremos la palabra final hecha con todas las letras y las combinaciones de letras de todas las lenguas y que es el Nombre de Dios”. (194) Es tentadora esta perspectiva, apoyándonos al menos en el consabido concepto de lo Sagrado de R. Otto, etc. Pero no, Massuh lo niega terminantemente (y cita un trabajo de O, Romero que desconocemos (195)) y afirma que “si existe un asomo de fe en Borges se trata de una oscura y privada nostalgia de Dios”. En esto coincidimos con Mussuh. El núcleo central de su Obra no es lo religioso sino lo verbal. “La experiencia del éxtasis no es un fin en sí misma –como para los míticos- sino un medio, una forma de aludir a la necesidad de una expresión que se sobreponga a las limitaciones de un mundo concebido como el universo de la palabra “. (196) “Espacio de significaciones plurales, capaces de estimular a cada uno de sus hipotéticos lectores, sin someterlos a los límites de una definición”. (197) Trascendencia, pero sólo y nada menos, que estética. En esto Massuh emparenta a Borges con Mallarmé y Valery. “Esta inminencia de una revelación que no se produce, es, quizás, el hecho estético”, decía Borges en “La muralla y los libros”. (198)

IV – Conclusión

El tema de Dios, omnipresente y sugeridor, ocupa gran espacio en el poetizar de Borges. Su “afición incrédula y persistente por las dificultades teológicas” (199) hace que “Dios” sea uno más entre sus símbolos estéticos: “Todo lo que Borges toca se vuelve Borges”, escribió quien lo conocía bien. (200) Asumido desde todos los rincones de la Biblioteca que es la realidad, manejado con maestría poética, nos importa su presencia.

En sus textos Dios se nos muestra al mismo tiempo que se nos esconde, con esa característica de todo lo poético: “revelación de lo que se está velando”, “donde eternamente no aparente, y por eso invisible, alcanza la máxima epifanía”, diría Hiedegger. El tema de Dios, aquí, no remite a la verdad óptica de Dios (tampoco negada!): queda en ese ámbito clausurado de una Literatura que descrea de todo lo que no tenga que ver con ella misma. “Su fe en la Literatura implica para Borges una momentánea suspensión de la credulidad, una serena recurrencia a la ilusión que aparece tras cada simple simulación de la realidad”. (201) Ya lo decía él: “Trato de intervenir lo menos posible en la evolución de la obra. No quiero que la tuerzan mis opiniones, que sin duda son baladíes. Nadie sabe del todo lo que ejecuta. Un escritor debe ser leal a su imaginación y no a las meras circunstancias efímeras de una supuesta ‘realidad’”. (202) Embriagado de Literatura, nos muestra, sin pretenderlo, sólo ese orden de verdad. El, que ha salvado a la literatura (junto a los grandes, muy pocos, de todos los tiempos) de la mediocridad, no se salvará de ella ni por el ejercicio de su brillante inteligencia, ni por su incalculable cultura, ni por su impulso creador, ni por una fe que su Obra no muestra.

La fe de su Madre (203), la de sus amigos católicos (Dante, Chesterton, Bloy, quizás Francisco Luis Hernández), que no dejaba de sorprenderlo, no ha contado con fuerza suficiente para contrarrestar la imagen de “lo católico” que le inculcaron al calvinismo de su Abuela inglesa, el original influjo de la personalidad de su Padre, la Enciclopedia Británica o el Catolicismo argentino que Borges percibe tan ligado a los hispánico, lo italiano, la incultura y lo popular, contradictorios de su natural liberalismo. En su Obra, la

ironía suele zaherir los aspectos del Catolicismo que más le molestan: si el Cristianismo es mera “superstición judía”, (204) el Catolicismo es “conjunto de imaginaciones hebreas supeditadas a Platón y Aristóteles”. (205) (Juicios que no le merece, por cierto, la Cábala, sin ser él un cabalista). Para Borges, “la fe de Roma” carece de lo que “extrañamente” le reconocía Cherteston: basamento en el sentido común. (206) “Los católicos (léase los católicos argentinos) creen en un mundo ultraterreno, pero he notado que se interesan por él. Conmigo ocurre lo contrario: me interesa y no creo”. (207) “Una de las virtudes por las cuales prefiero las naciones protestantes a las de tradición católica, es su cuidado de la ética...” (208) También Jesús, para Borges, da la espalda a “la Teología, la Trinidad indescifrable...las catedrales...la púrpura, la mitra, la liturgia...la Inquisición, la sangre de los mártires, las atroces Cruzadas, Juana de Arco, el Vaticano que bendice ejércitos...” (209)

No es muy “fundada” la animosidad de Borges. En todo caso no es el Catolicismo lo que le espanta sino lo que de él hemos proyectado los creyentes (será siempre útil recordarnos la *Gaudium et Spes*, cap. I, n° 19). No es del todo ajeno a esto la polémica que un gran sector del Catolicismo argentino tiene entablada desde hace mucho con el Liberalismo y sus resonancias culturales: desde la perspectiva liberal, Catolicismo y barbarie son categorías que mutuamente se pertenecen. A ese Liberalismo, Borges adhiere espontáneamente.

Por cierto, nada sería más ajeno a la Obra (y quizás a Borges mismo) que atribuirle intenciones polémicas o militancias anticatólicas. Ni contra al Catolicismo ni contra nada. Pensar lo contrario sería malentenderlo todo. Al autor de estas notas, al menos, lo impresiona profundamente (además de otros hechos que Dios sabrá valorar muy bien) que el mármol que custodia los restos del Poeta en el cementerio de Ginebra, junto a la saga nórdica y las fechas fundamentales, esté diagramada una cruz.

Pero esto es otro tema. El “otro Borges”, el de la obra fascinante, que mostré entre otras “astucias” la de “simuladas pequeñas incertidumbres” (210), testimonia las búsquedas y contradicciones que Dios propone a todo hombre y sobre el Poeta.

Oswaldo Pol SJ
Córdoba, octubre 1958.

NOTAS¹

- (1) Borges también, como Quevedo, “es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura”; OC 638; padece el “maleficio / de cuantos ejercemos el oficio / de cambiar en palabras nuestras vida”; “La luna”, OP 125. “Only an all-round literary man...”, “Epígrafe” de OP 11.
- (2) “¿Me será permitido repetir que la biblioteca de mi Padre ha sido el hecho capital de mi vida? Nunca he salido de ella, como no salió de la suya Alonso Quijano”: “Historia de la noche”, OP 552.
- (3) Cfr. La dedicatoria de las OC “A Leonor Acevedo de Borges”: “Aquí estamos hablando los dos, et tout le reste est litterature, como escribió, con excelente literatura, Verlaine”, OC 9.
- (4) Cfr. “Las versiones homéricas”, OC 239.
- (5) “A quien leyere:...es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios y yo su redactor”: OP 21. “Borges sabe que un lector es un autor de cierta manera, ya que sin su lectura la obra no existiría...Borges anticipa poéticamente una ‘teoría de la recepción’ avant la leerte...”: BLOCK DE BEHAR: “Al margen de Borges” (Edit. Siglo XXI. 1987) pag. 45 y ss.
- (6) ESTEBAN PEICOVICH: “Borges, el Palabrista” (Ed. Letra Viva, Madrid, 1980)
- (7) “Soy un lector hedónico...”: “Paul Groussac”, OC 233.
- (8) “Prólogo” de “La Rosa Profunda”, OP 414.
- (9) “El Simposio sobre Fe y Cultura” (oct.1988): Jornadas de estudio sobre la presencia de Dios en la Poesía Latinoamericana, Bogotá (Colombia).
- (10) “Cuando se quiere hablar de Dios, este discurso tendrá que medirse desde los cánones de la razón, pero también habrá de someterse a los criterios de sentido del lenguaje. Hoy la Filosofía de la razón y la Filosofía lingüística se han convertido en centros preponderantes del pensamiento contemporáneo. Sin “verificación” y sin “falsación” el lenguaje religioso carece de sentido...”; JESÚS CONILL SANCHO: “Raíces de la increencia contemporánea”, en Rev. RAZÓN Y FE, Madrid, Julio-agosto 1988, pgs. 71-83.
- (11) Cfr. OSCAR HERMES VILLORDO: “Notas sobre su Poesía”, La Nación, Bs. As., 22-6-86.
- (12) “Rosas”, OP 36. Constreñidos por el espacio, citamos “versos”; remitimos
- (13) “Remordimiento por cualquier muerte”, OP 40./ a la unidad de cada poema!
- (14) “Amanecer”, OP 46.
- (15) “Amorosa anticipación”, OP 71.
- (16) “El general Quiroga va en coche al muere”, OP 73.
- (17) “Mi vida entera”, OP 81.
- (18) “Versos de catorce”, OP 83.
- (19) “Epílogo”, OP 164.
- (20) “El Hacedor”, OC 781.
- (21) OP 111.
- (22) OC 787.
- (23) OC 791.
- (24) OC 800.
- (25) El mismo tema reaparecerá al final de su Obra: cfr. “Los Conjurados”, p. 15. “Signor mio Gesù Cristo, Dio verace, / or fu sí fatta la sembianza vostra?”...
- (26) OC 803.
- (27) OC 807.
- (28) Cfr. DELFINA MUSCHIETTI: “La poesía de Borges: ‘un fracaso dorado’”, en Rev. “Espacios” (Fac. de Filosofía y Letras u. de Bs. As.), n°6, oct. 1987. (La autora cita a ENRIQUE LIHN).
- (29) OP 113. Cfr. OP 16.
- (30) “El Otro, el Mismo”, OP 261.
- (31) OP 119.
- (32) “Ficciones”, OC 451.

¹ “OP”: OBRA POETICA: “OC”: OBRAS COMPLETAS (Cfr. Bibliografía).

- (33) OP122.
(34) OP 138.
(35) OP 151.
(36) OP 164.
(37) "Inferno I, 32" OC 807. Cfr. "Los conjurados", pag. 41.
(38) OP 167.
(39) OP 178.
(40) "Discusión", OC 235.
(41) OP 180. Cfr. OP 16.
(42) "Ficciones" OC 525.
(43) OP 194. Cfr. OP 16.
(44) OP 178.
(45) "Para las seis cuerdas", "Milonga de Albornoz", OP 300.
(46) OP 188. Cfr. "Otras Inquisiciones", "Nueva refutación del Tiempo", OC 764-766.
(47) OP 190. Para el tema de la Cábala y Borges, Cfr. Conferencia de CARMEN BALZER, Ad Ins. Man, de próxima publicación. También: A. DEVRAN: "Borges et la Kabbale" (Ed. Géranium, Bruselas, 1967), SAUL SOSNOWSKI: "Borges y la Cábala. La búsqueda del verbo", Bs. As., 1976. "Discusión"; "Vindicación de la Cábala", OC 209. Etc.
(48) OP 196.
(49) OP 200. Cfr. OP 16. Cfr. DELFIN L. GARASA: "El enigma del Golem", La Nación, Bs. As., 31-I-88. Cfr. "Oda escrita en 1966", OP 265 y "Las ruinas circulares" en "Ficciones", OC 451. Etc. Cfr. Nota 47.
(50) OP 265.
(51) OC 451.
(52) OP 230.
(53) OP 238.
(54) OP 248.
(55) OP 252. Cfr. OP 16.
(56) OP 254.
(57) "Spinoza", OP 255.
(58) OP 206. Tb. OP 311. Cfr. "Ficciones": "Tlon, Uqbar, Orbis Tertius", OC 431; "Otras inquisiciones": "La flor de Coleridge", OC 639 y "Del culto de los libros", OC 713. Sobre la "posmodernidad" de esta postura de Borges, cfr. RODRIGUEZ MONECAL: "Borges por él mismo" (Laia Literatura, Barcelona, 1984), p.30ss. y GABRIELA MASSUH: "Borges, una estética del silencio" (Ed. De Belgrano, Bs. As., 1980), pg. 50ss.
(59) OP 209. El tema se retoma en OP 313.
(60) OP 214.
(61) "El Otro, el mismo" recoge también "Elegía", que Borges dató en Bogotá, 1963. Fue escrita durante una de sus varias estadías en Colombia.
(62) Op 281.
(63) "Dónde se habrán ido", OP 286.
(64) "Milonga de Jacinto Chiclana", OP 288.
(65) OP 309.
(66) OP 355.
(67) OP 313. Cfr. OP 209.
(68) "James Joyce", OP 320.
(69) "Rubaiyat", OP 330.
(70) "A Israel", OP 332.
(71) OP 340.
(72) OP 350.
(73) "Prólogo", OP 310.

- (74) OC 1013.
- (75) OC 1015.
- (76) OC 1014.
- (77) Cfr. el Cuento “El Evangelio según San Marcos”, en el “El Informe de Brodie”, donde el Personaje central (Baltasar Espinosa) es descrito con datos autobiográficos de Borges y aparece también prometiéndole a su Madre rezar todas las noches el Padrenuestro: OC 1068.
- (78) “Prólogo” a “El oro de los Tigres”, OP 359.
- (79) “Dreamtigers”, OC 783. Tigres, gatos, leopardo: “Inferno I, 32” (OC 807): lujuria (ζ) que impide el paso a Dante; el tigre en el que Tzinacan, el mago encarcelado descubre “La escritura de Dios”, OC 596. “El otro tigre” de “El Hacedor”, OP 132: “tigre de símbolos y sombras...”. Símbolo de lo que se hurta, de lo impronunciable, de Dios?
- (80) Cuando niño, Borges oyó leer a su Abuela el poema “El Tigre” de Blake; donde aparece la similitud entre esa bestia y el fuego y contiene la oposición bíblica con el cordero., etc. Cfr. EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: “Borges, una Biografía literaria” (Tierra Firme, Fondo de Cul. Econ., Mexico, 1987), pgs. 40-41.
- (81) OP 375. El libro de Browne, del mismo título, fue en su tiempo tildado de connivencias con el Ateísmo.
- (82) Cfr. “El Testigo”, etc. En colaboración con Adolfo Bioy Casares y aparecido en “Dos fantasías memorables” (1964); “La Biblioteca total”, ensayo aparecido en la Rev. “Sur”, n°59, Bs. As., agosto, 1939; “Historia de la Eternidad”, OC 353; “Una vindicación de la Cábala”, OC 209; “Sobre el Doblaje”, OC 283, etc. La mayoría de los textos “antitrinitarios” son anteriores a sus 40 años.
- (83) OP 377.
- (84) OC 803: “Every Thing and Nothing”, Etc. “Su afán de negar la identidad personal no es un problema psicológico (o filosófico, como ha querido ver cierta crítica), sino el síntoma de esa necesidad de que un elemento pueda referirse a una totalidad en forma conjunta...El afán de transformar a “Alguien” en “Nadie” es la contraparte de las aspiración que requiere el ocultamiento para expresarse en forma absoluta” (G. MASSUH, op. Cit., pag. 178-9). Cfr. “La forma de la espada”, OC 491; “El inmortal”, OC 533: passim.
- (85) “Poema de la cantidad”, OP 383.
- (86) Se ha casado en 1967; se divorcia en 1970.
- (87) “El oro de los tigres”, OP 409; “El amenazado”, OC 1107.
- (88) “El Palacio”, OC 1130.
- (89) “Prólogo”, OP 413.
- (90) Cfr. OP 32; 207; OC 639; “Los Conjurados” 29; etc.
- (91) “Un mañana”, OP 439.
- (92) “Habla un busto de Jano”, OP 440.
- (93) “De que nada se sabe”, OP 441.
- (94) “El Oriente”, OP 456.
- (95) “The unending Rose”, OP 459.
- (96) “Prólogo”, OP 463.
- (97) OP 486.
- (98) “El Perú”, OP 474. Cfr. Nota (88).
- (99) OP 475.
- (100) “El fin”, OP 483.
- (101) “La suerte de la espada”, OP 485.
- (102) “En Islandia el alba”, OP 488.
- (103) “Génesis IX, 13”, OP 491.
- (104) “Baruch Spinoza”, OP 492.
- (105) “Para una versión del I King”, OP 493.
- (106) “La Clepsidra”, OP 498.
- (107) “No eres los otros”, OP 499.
- (108) OP 501.
- (109) “El Aleph”, OC 589.

- (110) OP 505.
- (111) OP 551.
- (112) "Alejandría, 641 A.D.", OP 507.
- (113) OP 509. "Alhambra"
- (114) "Metáforas de las Mil y Una noches", OP 511.
- (115) OP 522.
- (116) "El espejo", OP 539.
- (117) "Un Sábado", OP 545.
- (118) OP 553.
- (119) "Historia de la noche", OP 550.
- (120) RAUL GUTAVO AGUIRRE: "Un compendio de los motivos que sustentan el universo literario de Borges", en La Gaceta, Tucumán, 21-III-82.
- (121) OP 559.
- (122) "Ronda", OP 561.
- (123) "Descartes", OP 563.
- (124) "La prueba", OP 578.
- (125) "Elegía", OP 583.
- (126) "El Hacedor", OP 585.
- (127) "El ápice", OP 597.
- (128) "El bastón de laca", OP 611; "Diecisiete Haiku", OP 619; etc.
- (129) "Shinto", OP 615.
- (130) OP 600.
- (131) "Los Conjurados", OP 14: "Prólogo".
- (132) "La fama", OP 606.
- (133) "Prólogo", "Los Conjurados", 13.
- (134) "Doomsday", id. 17.
- (135) "La tarde", id. 31.
- (136) "Abramowicz", id. 35.
- (137) "Elegía de un parque", id. 39.
- (138) "Alguien sueña", id. 43.
- (139) "Sherlock Colmes", id. 49.
- (140) "Nubes I", id. 55.
- (141) "Nubes II", id. 57.
- (142) "El hilo de la fábula", id. 61.
- (143) "On his blindness", id. 59.
- (144) "Otro fragmento apócrifo", id. 77.
- (145) "Biathanatos", OC 700.
- (146) "Los Conjurados", 15. Cfr. EDUARDO GARCIA DE ENTERRIA: "Una nota sobre la Poesía de Jorge Luis Borges", en Rev. "Cuenta y Razón", Madrid (¿), n°29, Agosto-setiembre 1987.
- (147) "Paradiso" XXXI, 108", OC 800.
- (148) "Los Conjurados", 79.
- (149) "Góngora", id. 83.
- (150) Dice MIRCEA ELIADE: "...el símbolo, el mito, el rito, a diferentes niveles y con los medios que le son propios, expresan un complejo sistemas de afirmaciones coherentes sobre la realidad última de las cosas, sistema que puede considerarse en sí mismo como una metafísica": "El mito del eterno retorno" (Alianza-Emecé, Madrid 1980, p.13).
- (151) "Borges estaba enamorado de sus ideas. Un amor contradictorio, corroído por la pluralidad: detrás de las ideas no encontró la idea (llámese Dios, vacuidad o primer principio) sino a una nueva y más abismal pluralidad, la de sí mismo. Buscó la idea y encontró la realidad de un Borges que se disgregaba en sucesivas apariciones...En su interior pelearon el metafísico y el escéptico...": OCTAVIO PAZ: "El arquero, la flecha y el blanco", La Nación, Bs. As., 29-VI-86.
- (152) "Evaristo Carriego", OC 147.
- (153) OP 309: "perplejidades; "estímulos", 414; "dudas", 598; "incertidumbres", 605; "literatura fantástica", 624; OC, "coordinación de palabras", 258; OC 280; "magia", OC 339...OC 147: "única justificación y finalidad de todos los temas".

- (154) "Yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica": "Borges y yo", OC 808.
- (155) ALDO PARFENIUK: "Filosofía del Poema" (Caligrama. Cba., 1982), pg. 40.
- (156) "Otras Inquisiciones", "Nueva Refutación del Tiempo", OC 757.
- (157) JUAN NUÑO: "La filosofía de Borges" (Fondo de Cult. Económica, México, 1986)
- (158) Cita a Borges: "Nathaniel Hawthorne", en "Otras Inq." OC 670. Op. cit.9.
- (159) NUÑO: op. cit. Pag. 15.
- (160) Idem, pag. 137 ss.
- (161) Idem, pag. 138 ss.
- (162) JAIME REST: "El laberinto del universo (Borges y el pensamiento nominalista)" (Edic. Librería Fausto, Bs. As., 1976).
- (163) Idem, pag. 36 ss.
- (164) "El Aleph", OC 550. La cita es de pag. 556.
- (165) Cfr. "El pimer Wells", en "Otr, Inqis.", OC 698; "Argumentun Ornithologicum", en "El Hacedor", OC 787; "Religio Medici, 1643", en OP 375.
- (166) "Historia de la Eternidad", OC 359. Cfr. Nota (82).
- (167) Idem, OC 418; et passim.
- (168) "Kafka y sus precursores", en "Otr, Inqis.", OC 711.
- (169) "La escritura del dios", en "El Aleph", OC 599.
- (170) "Every and Nothing", en "El Hacedor", OP 803.
- (171) REST, Op. cit. pag. 42.
- (172) Idem, pag. 195.
- (173) GABRIELA NASSUH: "Borges: una estética del silencio" (Edit. de Belgrano, Bs. As., 1980)
- (174) Cit. por Massuh, op. cit. pag. 67: George Steiner: "Sprache und Schueigen", Frankfurt, 1973 y "Extraterritorial", Frankfurt, 1974.
- (175) Tesis tampoco exclusiva de la Autora , como veremos, pero que en su obra es defendida con especial énfasis y sólida argumentación, utilizando autoridades internas y externas sobre la Obra de Borges. Borges entre los "Límites y la superación del Lenguaje".
- (176) ENRIQUE PEZZONI: "Aproximación al último libro de Borges", Sur, n°217-18, Bs. As., 1952.
- (177) ENRIQUE ANDERSON IMBERT: "El Realismo mágico y otros ensayos", Caracas, 1976, pg. 42.
- (178) BARRENECHEA, Ana María: "Expresión de la irrealidad en la Obra de Jorge Luis Borges", (Paidós, Bs. As., 1962).
- (179) JAIME ALAZRAKI: "La prosa narrativa de Jorge Luis Borges" (Gredos, Madrid, 1974); "Jorge Luis Borges. El escritor y la crítica" (Taurus, Madrid, 1976).
- (180) MASSUH, op. cit. pag. 47
- (181) MAURICE BLANCHUT: "La livre á venir" (Gallimard, Paris, 1971).
- (182) GERARD GENNETE: "L´utopie Littéraire", artículo incluido en "Figures", Paris, 1966, Senil.
- (183) MICHEL FOUCAULT: "Les mots et les choses" (Gallimard, Paris, 1966).
- (184) MASSUH, op. cit. pag. 55.
- (185) EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: "El juicio de los parricidas", Montevideo, 1956; "Narradores de esta América", Bs. As., 1968; "Borges por él mismo" (Edit. Laia, Barcelona, 1984); "Borges, una biografía literaria" (Tierra Firme, Fondo de cult. Econ., México, 1987).
- (186) JOHN STURROCK: "Paper Tigers. The ideal fictions of Jorge Luis Borges" (Oxford, 1977).
- (187) "Historia de la Eternidad": OC 414.
- (188) "El Aleph", OC 589.
- (189) "El Aleph", OC 617.
- (190) "El Aleph", OC 596.
- (191) "El libro de arena", Buenos Aires, 1975.
- (192) Sobre todo, refutando el trabajo de GUILLERMO SUCRE ("Borges el poeta", Monte Avila, Caracas, 1967). Cfr. MASSUH, pgs. 215-222.
- (193) MASSUH, op. cit, pag. 219. Cfr. JOSE ISAACSON: "Jorge Luis Borges y la Cábala o el escritor frente a la palabra", en "El poeta en la sociedad de masas", Bs. As. 1969, p. 243.
- (194) MASSUH: idem. Cfr. GEORGE STEINER: "Los tigres en el espejo" (en JAIME ALAZRAKI: "J.L.B. El escritor y la crítica", Madrid, 1976, p. 243)
- (195) OSVALDO E. ROMERO: "Dios en la Obra de J. L. Borges, su teología y su teodicea", en "Rev. Iberoamericana", n°100-101. Cfr. MASSUH p. 219.

- (196) MASSUH, op. cit. pag. 200.
 (197) Idem, pag. 222.
 (198) Cfr. "Otras Inquisiciones", OC 635.
 (199) "Prólogo" de "Discusión", OC 177.
 (200) EMIR RODRIGUEZ MONEGAL: "Borges por él mismo", cfr. Nota (185).
 (201) "Prólogo" a "La rosa profunda", OP 413.
 (202) Idem. pag. 414.
 (203) "El informe de Brodie": "La señora mayor", OC 1049: "Profesaba, por supuesto, la fe católica, lo cual no significa que creyera en un Dios que es Uno y Tres, ni siquiera en la inmortalidad de las almas. Murmuraba oraciones que no entendía y las manos movían el rosario. En lugar de la Pascua y del Día de Reyes había aceptado la Navidad, así como el té en vez del mate. Las palabras 'protestante', 'judío', 'masón', 'hereje' y 'ateo' eran, para ella, sinónimos y no querían decir nada..." Por cierto, atribuir este retrato a la Madre del Poeta, es responsabilidad nuestra.
 (204) "La muerte y la brújula", en "Ficciones", OC 500.
 (205) "Sobre Chesterton", en "Otras Inquisiciones", OC 696.
 (206) "Prólogo" a CHASTERTON: "La cruz azul y otros cuentos", Alianza Edit.
 (207) "Nota" a LESLIE D. WEATHERHEAD: "Alter Death", en OC 282.
 (208) "Prólogo" a "Elogio de la sombra", OP 310.
 (209) "Los Conjurados", pag. 15-16.
 (210) OP 309.

BIBLIOGRAFÍA

Obras de Borges:

- "OBRAS COMPLETAS, 1923-1972" (Emece Editoras, Bs. As., 8va. Edición, 1977)
- "OBRA POETICA, 1923-1977" (Emece Editoras, Bs. As., 17ma. Edición, 1987, incluye "La Cifra" de 1981). En las Notas: "OP".
- "Los Conjurados" (Alianza Editorial, Madrid, 1985).
- "El libro de arena" (Emece Editoras, Bs. As., 1975).
- "Veinticinco agosto 1983 y otros cuentos" (Siruela, Madrid, 1983).
- "Prólogos" (Con un prólogo de prólogos) (Torres Agüero Editor, Bs. As. 1975).
- "Nueve ensayos dantescos" (Espasa Calpe, Madrid, 1982).

Obras sobre Borges:

MASSUH, Gabriela: "Borges: Una estética del silencio" (Editorial de Belgrano, Bs. As., 1980).

REST, Jaime: "El laberinto el universo. Borges y el pensamiento nominalista" (Ediciones Librerías Fausto, Bs. As., 1976).

NUÑO, Juan: "La Filosofía de Borges" (Fondo de Cultura Económica, México, 1986).

El resto de la Bibliografía consultada está señalada entre las Notas.